



Carlos Sepúlveda Leyton

La Fábrica (1)

II



l toque de diana es a modo de un repique largo como de cien campanillas que, desde los pies, va agarrándonos y sacudiéndonos, como se remece a los árboles mezquinos para que suelten el fruto. Nos levantamos, es decir, es la carne obligada y perezosa la que se levanta con un gran esfuerzo de todos los músculos. El espíritu se despavila y ayuda en lo que puede a la carne, clavando en la carne empeñosamente las plateadas espuelas del carácter. Tropezándonos, corremos hacia los lavatorios y resbalamos en una pieza grande, bordeada de lavatorios de

(1) Como una primicia publicamos este capítulo de una nueva novela de Carlos Sepúlveda Leyton, el afortunado autor de *Hijuna*, vigorosa revelación ésta, de un novelista de espléndidas cualidades. Alejado de toda capilla y de todo cenáculo, Sepúlveda, en el silencio de la vida provinciana articuló con singular maestría las observaciones de una existencia en la que el ritmo humano alcanza un acento desusado en nuestra novelística. *Hijuna* lo mostró como un escritor formado, con auténtica personalidad. Algo hay en él que recuerda la manera escueta y cálida de los rusos.—
(N. de la D.).

loza blanca, adosados a un armatoste largo, que ciñe tres lados de la pieza y que está recubierto de latón, igual que el piso jabonoso donde resbalamos a cada movimiento. Hace rosada espuma la esmaltina en los labios entreabiertos, y, en un chapateo rápido, espantamos el sueño y el frío.

El joven atildado que dijera anoche al señor inspector que él no tenía el número 120, se destaca en la media luz como un joven alto, de color mate, la nariz dibujando vagamente un «corvo», y, ahora, con gesto meticuloso, cepilla el negro y lacio cabello. Con aire circunspecto parece querer alejar del espejo la realidad de su nariz que, sin lugar a dudas, le sorprende ingratamente; pero, a pesar de todo; debe tener algún dulce consuelo, pues, a hurtadillas, le vemos echar sonrisas al espejo.

Traginamos afanados, con la tohalla en los hombros, envolviendo el cuello a modo de bufanda. Pero los rostros se quedan tristes; sin soltar el deseo de estar en la cama tibia, con los ojos abiertos, sin pensar en nada, mirando el techo.

—Es muy «hediondo» levantarse tan temprano... ¿no le parece?

Se contonea como un pato el montón de grasa que habla, redondo y simpático.

—Tiene olor, dice...

—Palabra... hediondo... como todo lo desagradable. Vea, compañero, si no es hediondo levantarse tan temprano... Y yo me llamo Pedro Baeza y no miento.

Guajardo, con los pantalones sujetos por debajo del ombligo, se acerca, y me dice señalando al meticuloso:

—El gallo del espejo . . . mire . . . (y lo señala con el brazo extendido largo a largo, con la aguja del índice) ¡parece marica . . . !

El montoncito de grasa se ríe con toda la esfera muy morena que le han puesto en la cara, y Guajardo lo contempla un momento, sonríe socarrón y amistoso, tira una manotada a los pantalones que resbalan en las caderas, y dice con risa de niño:

—Este . . . ¡Echale diablo!, parece pato . . .

Se aleja riendo su gracia y dando sorbidos; los tirantes le arrastran en el latón jabonoso y semeja un mono rechoncho, con larga cola.

Unas quijadas de asno se hunden en el lavatorio blanco, y las quijadas hacen rápidas zambullidas, de lado, hasta la mitad de la cabeza, mientras el cuerpo huesudo echa las patas hacia atrás y las manos se agarran al armatoste, y los latones se aplanan aquí y se hinchan al lado, haciendo ampollas que se suceden ruidosamente. Al concluir el juego, las quijadas de asno mueven la cabeza estrecha, corta y rápidamente. Después, el muchacho, alto y huesudo, comienza a saltar en un pie, con la pierna izquierda, y, desde lo alto, la oreja izquierda se cae más abajo del hombro, y hace angustiosos movimientos negativos, como si no oyera y quisiera oír el compás del pie izquierdo que salta haciendo corcovitos redondos.

Los vidrios empañados borran el paisaje. Acarician-

do el vidrio con el dedo emocionado, escribe en la humedad del vidrio las letras amadas azoradamente... Lucy... pero, temeroso de una profanación, restrega con gesto suicida la mano en el vidrio, y se esfuma el hechizo. Por el ojo nublado abierto en el vidrio, diviso los copos desteñidos de los árboles, y los árboles aun parecen dormir un ensueño lejano.

Al toque de preparación, después de veinte minutos de afanes, estamos listos casi todos. Ahora el inspector es un señor gordo. Imita una bala de lana, tapando la puerta, y ordena:

—¡Apurarse!

Y la voz imperiosa enreda las manos de los atrasados, y se desesperan tendiendo las ropas de cama, pieza por pieza. Da pena verlos. Ayudo a Pirinola que, agradecido, me dice que no me necesita; pero que los caballeros, etcétera, etcétera.

Al bajar, nos impone respeto la presencia de unos señoritos que pisan los peldaños reposadamente, sin mirarse los pies. Los señoritos tienen bigotes y se los retuercen con la satisfacción del hombre que cuenta billetes propios. Apocados, saludamos con respeto a los bigotes y los bigotes se dignan sonreír. En el vestíbulo, resbalamos en el mosaico bruñido y el resbalón nos hace agrandar los ojos. Atravesamos indecisos hacia el interior, y nos revolvemos como un rebaño de ovejas, y nos falta sólo balar, acorralados en el angosto pasillo, junto a las anchas puertas que lo limitan y lo iluminan con

sus altas vidrieras. Las puertas están abiertas; pero siempre son una barrera para nuestro susto.

Un hombrecito viejo y bondadoso, con una carita redonda de guagua y límpidos ojos azules, aparece con un largo coligüe en la mano (en el extremo del coligüe un garabato), y nos señala la obscuridad de una sala sin fin.

—Hay que entrar al aula, nos dice:

Se oye un estrépito en las escaleras, y nos asomamos curiosos, apelotonando las cabezas en la angosta puerta por la que respira el vestíbulo. Las largas piernas del mono Marín enrollan velozmente los peldaños, y mientras salta, el mono manotea la corbata que se le vuela de las manos:

—Me quedé dormido, Rojita, grita sin temor. ¡Estos carneros tienen la culpa!

—¿Ya les dieron capote? me pregunta Rojita.

—Pero claro . . . , contesto, sin saber lo que digo.

¿Por qué he dicho eso: «pero claro»? He dicho una tontería. Es una salvajada eso del capote.

—Un capote hediondo . . . (El montón de grasa se contonea)

—¡Pato!

—¿Pato . . . ? ¡Sabe que está bueno, compañero! Yo no miento nunca . . .

En seguida, hace estrépito otra vez el timbre y, guiado por Marín, nos formamos siguiendo el cuadrilátero de los corredores. En la ceniza de la mañana, de un lado a otro de los corredores, la formación de los alum-

nos dibuja una hilera de postes, y, se ve, sobre cada poste, un pajarraco echado con ojos que blanquean.

Llega el señor director y parece que a su llegada, con el albor de sus cabellos, clarea un poco el gris de la mañana. El señor director, corpulento y sereno, y extranjero... ¡qué pequeño nos ha de ver... si nos ve... y qué imponente le vemos!

Recorre las filas tranquilamente, seguido del inspector, del señor gordo. Se fija en nosotros detenidamente, como para divisarnos, y no nos habla... es decir, si habla, no lo alcanzo a oír.

Atajamos la respiración tanto como podemos, y se nos hinchan los carrillos y nos ponemos rojos, y tenemos la sensación de estar a punto de reventar, como los globitos de goma que se rompen. Desde muy arriba nos mira los pies, y nos inspecciona sin insistencia; pero nos domina tanto que hasta el pensamiento se acurruca. Se detiene junto a Guajardo, y el muchacho se pone firme y saca pecho a modo de los reclutas, y sorbe un solo sorbido largo y escondido.

—Uuss alláa... ¡Cordones...!

Al fin el señor director encontró lo que buscaba, y, en vez de alegrarse, alarma:

—¡Cordones! Uuss... alláa...

El mocetón, zafio como un terrón en el zurco, se inclina torpemente, afirma una rodilla en el frío del piso de cemento, se le enrojece el rostro, y, después de enrollarse materialmente en sí mismo, consigue amarrar correctamente, con nudo de rosa, los cordones rebeldes.

Al levantarse, descansa con largo alivio suspirando su frase:

—¡Echallee... diabloo...!

Se acerca a él, el señor inspector de turno, gordo, severo, un poco turnio.

—Su nombre...

—Guaja... ¡Echale!... Guajardo, señor... para servirle.

Se aleja el inspector anotando el nombre en una libreta de tapas negras. El señor director da la vuelta completa al cuadrilátero y despaciosos, se va al interior, empujando la niebla con su corpulencia.

En el aire se siente el olor de la lluvia que ha de venir lloviendo como una regadera de jardinero... el cielo tiene el jardín en la tierra.

Se hace un cuarto de giro hacia la derecha y se da una vuelta completa al cuadrilátero, formados de a dos. Me toca de compañero el mozo circunspecto.

—Se fijó—me dice bajito—Guaja... ¡Dijo Guaja! ¿Qué le parece que le digamos «don Guaja...?»

Nada.

Resuenan los pasos acompasados en el piso sonoro, de cemento. Con nosotros, parece que desfilan los postes que sostienen el corredor. Al frente, se adivinan las mesas de los comedores. Ya se oyen ruidos de cucharas y, como un niño atento cuando oye tocar el timbre, el estómago pugna por abrir la puerta del comedor. En una esquina, en una pileta baja, la llave no cierra bien, y de la llave amarilla se alargan las goteras,

persiguiéndose y prolongándose en un llanto gimoso y reprimido. Desde el rincón opuesto, aquellas lágrimas de la llave brillan en un hilo continuado y remedan el filo de plata de un cuchillo largo. Las filas se van hundiendo en el pasillo angosto en que nos acorralamos hace un momento. Resuenan los pasos acompasados, y ese ruido como de tropa en marcha, entristece. Hacemos nuestra entrada al aula y nos agrupamos en el espacio que queda libre a lo largo del salón, angosto y profundo, con galerías en el segundo piso y muchos ventanajes. Se nos determina el lugar en que debemos sentarnos «para siempre». Se nos dice:

—Aquí... para siempre.

El inspector estudia el plano del aula, con sus bancos.

—Para siempre, aquí... El que cambie de lugar... ¡un domingo sin salida!

Me corresponde en las corridas de afuera, al lado derecho, de manera que tendré toda la vida sobre mí, frente a frente, la vigilancia de los señores inspectores. Hágame esta reflexión rápidamente y me consuelo.

—Mejor... así me ayudarán a portarme mejor...

Entra el hombrecito vejancón y bondadoso de rostro, y, con el largo coligüe, terminado en un garabato, va encendiendo las lámparas a gas. Son unas lindas lámparas forjadas en bronce. Al tirar de una cadenita dorada—como si las tocara una varillita mágica—las lámparas tienen un estremecimiento de vida, parpadean y parece que se inflaman. La cenicienta camisa del

mechero se hace incandescente, y a la viva luz, se destaca en el proscenio que se levanta al final de la sala, un telón de boca todo colorado. Tiene rojas cortinas abiertas como un peinado, sostenidas por gruesos cordones de oro, con grandes nudos, y con largos flecos de oro. La concha curva su lomo forrado en tela carmesí, y en la mitad del lomo, en monograma, se hinchan tres dibujadas letras amarillas: ENP... Escuela Normal de Preceptores.

En el espacio abierto por las rojas cortinas recogidas por los cordones de oro, detona el simbolismo de algunas figuras.

Una matrona exuberante, está a medio sentar en una silla curul y tiene agobiadas las faldas por un libraco descomunal, porque aquello parece libro si se le mira de frente; pero, al mirar de soslayo, la cosa es un acordeón a medio estirar. El telón entero tiene el doble sentido de lo anamorfósico. La imponente matrona mete el dedo con solemne dignidad entre las fojas del libro abierto, y unos chanchitos redondos se apilan y meten la nariz entre los brazos sedeños de la dama, y hozan el libro los chanchitos, cabeceándose, ávidos, como si lo que dijera el libro les importara gran cosa. Pero los chanchitos son, al mirarlos de lado, unos angelitos amocillados, dispuestos a volar.

Al fondo, entre unos borrones desparramados en el cielo azulenco, en actitud de ir a excursionar al infinito, el pelo rucio arrebatado por una ventolera, los brazos desnudos, enloquecidos los ojos; las polleras berme-

jas flameando en los muslos marfileños; los senos suntuosos, los piecitos sin zapatos; haciendo el gesto teatral de los poetas rebeldes y dinamiteros, que al lanzar la bomba ruegan al Dios, que no existe, que no mate al rey; así, asimismo, una cosa parecida a mujer levanta la diestra por sobre la ventolera de sus cabellos rucios, y en la diestra alzada, incendiando los borrones que parecen nubes, llamea un anafe grande, con libertarias llamadas de antorcha.

Abajo, en lo que imita un obscuro terrazgo, desparramados con desorden simétrico, una paleta de pintor, pinceles, una escuadra con un hoyito en el ángulo recto, un compás, un globo terráqueo, y, además, muchas espigas de trigo, verdeando, en círculo, como una corona laurífera.

La luz de las lámparas forjadas en bronce reverbera en los ventanajes, y las lámparas se proyectan al medio del patio, como agarradas a la niebla, a la altura de mi mano. De poder salir al patio, tan fácilmente que me podría entibiar las manos heladas con sólo elevar las manos heladas en un gesto de oración hacia las lámparas . . .

Vigilante, de pie al medio del aula, el señor gordo y severo, un poco turnio; las manos cruzadas atajando los riñones, parece un Napoleón de yeso. Un Napoleón de esos con que la gente pobre echa a perder la austeridad de su miseria, al encaramar el pedazo de yeso en la mesita de centro.

Nadie hace nada en esta primera mañana normalis-

ta; pero todos estamos sentados, doloridas, las asentaderas sobre la tabla inflexible del banco; pero todos estamos en silencio, mordidos los labios, mascando y triturando el ala de las palabras que forcejean por echarse a volar.

El señor inspector mira con el ojo normal hacia arriba, y con el ojo achulado nos abarca y nos crucifica. Disimulando, seguimos la línea del ojo normal, y vemos, arriba, afirmado en las barandillas del hueco que hace de galería del aula, a un caballero negrito desde los cabellos hasta los pantalones. Inmóvil, sin siquiera hacer un pestañeo, semeja, el negro caballero, un desgarrón de la noche, un desgarrón dejado por la noche al ser espantada por la luz del gas. El caballero observa con interés reconcentrado, el imperio de la disciplina estática, y no dice nada. El señor Inspector recorre el aula en las puntas de los pies, y sólo se oye el ahogado quejido de las tablas lustradas. El Mono Marín, pegados los labios a las estrías de la columna que se levanta junto a su banca, en un rincón de la entrada del aula, sopla:

—«Hache... , hache... » ¡El Chuncho... !

Y esa palabra extraña se va extendiendo suavemente, con el leve avanzar de una mancha:

—Hache... hache...

Los dorsos curvados se enderezan y la vida se detiene, mientras la mancha se desliza en el silencio, sin que la oiga el silencio.

—(Hache... hache...)

Miro al cielo altísimo del aula, y arriba todo está tranquilo, y todo es azul y amarillo. Juegan una ronda unos niñitos desnudos, y un ángel muy bonito sopla en una trompeta muy larga. Arriba, de lado a lado de las barandas de la galería, se adivina otro proscenio, cerrado en este momento por una puerta plegadiza, blanca y grande como una muralla.

Rechina una banca, y es un sobresalto de terremoto el que nos agarra por la nuca. Una hecatombe no se anuncia con más ruidoso estrépito. Al ruido insólito, el hombre turno se revuelve rápidamente, escandalizado: instantáneamente todo queda en un silencio tirante.

El aula está repleta de gente joven, de a par en cada banca. El barniz está envejecido y la cubierta tiene todos los colores. Las manchas de tinta parecen movidas por el viento, igual que las nubes. Profundas heridas en la cubierta: tatuajes, fechas, nombres, y la palabra «Recuerdo» repetida muchas veces.

Comienza a debilitarse la luz del gas, y desde fuera pugna por entrar, empujando las ventanas, la cenicienta mirada de esta mañana de marzo.

Duelen los ojos y se siente el peso de los párpados. Las filas correctas, en correcta posición los dorsos. A veces, alguna cabeza que ha cerrado los ojos, hace una caída profunda; pero, con movimiento enérgico, vuelve a tomar la posición normalista. Nadie tiene nada entre manos. De fuera llega el murmullo de conversaciones sofocadas. Es el curso superior que se queda en su sala

de clases. Los caballeros que ya tienen bigote, también tienen permiso para conversar, en voz baja.

El frío se entra por las canillas, y con movimientos miedosos procuramos envolvernos las piernas en los falzones del sobretodo. A hurtadillas, ahuecamos las manos y, despacito, echamos el aliento que se hace rocío en las manos heladas.

El señor Inspector no demuestra cansancio, ni siquiera aburrimiento. Tiene la tenacidad del cazador. Husmea la caza.

Quisiera cerrar los ojos y roncar, echado en la cubierta de la banca. ¿Para qué se nos habrá arrancado de la cama? En la cama estaríamos calientitos, pensando o durmiendo. ¿Qué se podrá pensar...? Atisbando al señor gordo y medio turno, ensayo pensar en su Lucía. La veo blanca y alegre en la época de nuestra infancia—soslayando la esquina para ver las peripecias y los mariposeos de los volantines en comisión; pero el caballero gordo tal vez me ha visto sonreír mi ensueño, y, alarmado, inclina hacia mis ojos, todavía cristalinos, el maleficio de su ojo turno, y me desflora el alma, y la buena visión se me va del alma. Me propongo esconderme. Entonces, para que no lo tome a mal, me reconcentro a contemplarlo: gordo, moreno, impassible, las manos cruzadas atajando los riñones, da la impresión de un monigote de yeso barnizado. Materializo la comparación lamentable en una sonrisa. El ojo oblicuo me ve, y el hombre salta un salto de gato.

—¿Se ríe de quién... vamos a ver? ¡Levántese!

Se siente el movimiento de las cabezas que se vuelven, libres ya de la vigilancia atenta y sostenida.

Paro mi sonrisa y me pongo de pie, y aprovecho el descanso para estirar los huesos que tiritan.

—¡Cuádrese!

No se me alcanza la necesidad de tanta ceremonia y me cuadro con movimientos lacios.

—Conteste... ¿De quién se reía? ¡Cuádrese!

—Señor...

—¡Cuádrese!

Veo que el hombre tiene coraje y que no hay remedio.

—De nadie me reía, señor...

—¿De nadie...? Vamos a ver... ¡Usted se reía! ¡Cuádrese!

—No... señor... pensaba...

—¡¡Usted... pensaba...!!

—Sí, señor... Estaba pensando en Napoleón...

—¡Usted pensaba en Napoleón! ¡Cuádrese! En Napoleón... ¡Pero eso es fantasear...! Y la fantasía es la loca de la casa... ¿Usted no sabe que la fantasía es la loca de la casa...?

—¿La loca de la casa...? No, señor...

—¡Cuádrese! Pero hay una camisa de fuerza para reducir a esa loca... ¡La voluntad!

Le baila el ojo al hombre gordo. Cambia de tono, y me receta un domingo sin salida, amigablemente.

—La voluntad... ¿entiende? ¡No olvide la lección!

Me anota en su libreta negra.

No entiendo nada.

Suena el timbre.

En orden, desenrollándose desde el fondo del aula, va saliendo la juventud normalista, cansina y triste.

III

No sabemos qué hacer en los anchos corredores. Al medio del patio, una alta acacia desnuda y morena se tapa con la niebla. Algunos nos salimos de la línea y pisamos el patio húmedo y resbaladizo. Quisiera saber qué piensa la acacia. Sin que nadie nos lo ordene, nos damos cuenta que no está bien acarrear barro en la suela de los zapatos. Volvemos al corredor. Los grupos se estrechan, se desmadejan, en movimiento circular, reposado. Las palabras no suenan. Nos restregamos las manos, un poco avispados, sin saber si se puede.

La niebla se está deshilachando en flecos finísimos de garúa. El coligüe largo, terminado en garra, se mueve en el aula como sostenido en el aire por milagro, y salta de lámpara en lámpara, retorciendo el cuello a los mecheros, y el aula se apaga y es como un alto cajón que encerrara la noche entre los dos patios, este y oeste. Afuera, comienza a parpadear una claridad lechosa.

Un muchacho de curso superior, de ojos deslavados, acaso un poco verduzcos, blanco el rostro, con blancura de papel de escuela, desenvuelto el gesto, imperativa la voz, pasa entre nosotros haciendo un trote de caballo de picadero, y nos anima:

—Carneros . . . ¡A trotar!